



Ricardo Herrera, uno de los más de 100 voluntarios del Centro de Cuidados Paliativos Laguna. ANTONIO HEREDIA

PERSONAS QUE SUMAN

# Amigos hasta el final en el hospital Laguna

El centro de cuidados paliativos tiene un equipo de 100 voluntarios

**CLAUDIA PREYSLER MADRID**

El madrileño hospital Laguna no es un hospital al uso. En lugar del habitual trajín de pacientes y especialistas que se sucede en cualquier ambulatorio, una sensación de paz y calidez invade al visitante que franquea las puertas de este centro especializado en cuidados paliativos. Precisamente, la delicada situación de estas personas, que sufren enfermedades terminales y degenerativas, precisa de un espacio cómodo y agradable para que los enfermos y sus familias se sientan como en casa.

«Tratamos de romper el cliché de que este tipo de pacientes están siempre conectados al gotero. Con un buen tratamiento pueden disfrutar de las cosas buenas de la vida», explica Ana María Pérez, responsa-

ble de comunicación del hospital, uno de los 102 centros de toda España en los que la Obra Social la Caixa desarrolla su programa de Atención Integral a Personas con enfermedades Avanzadas.

Sin embargo, no todos los pacientes tienen quien les acompañe en estos duros momentos. «Morir completamente solo es muy triste», dice Ana María «y aquí no queremos que pase». Su apoyo es un equipo de más de 100 voluntarios que, con solo coger la mano de los enfermos, ya están ayudando.

Uno de ellos es Ricardo Herrera. Con 76 años, acude todos los martes y jueves a hablar, escuchar, bromear o simplemente sonreír a las personas que llenan los cuartos del centro Laguna. Él mismo explica que rozó la

muerte cuando le operaron del corazón en el mismo hospital y, de alguna manera, quiso devolver el favor acompañando a los enfermos en momentos que él también había pasado. «Me gusta sentir ese cariño cuando les estrecho la mano para decirles que no están solos», explica Ricardo con voz pausada.

Aunque, al principio, reciben a los voluntarios con cierto pudor, acaban charlando como si fueran viejos amigos. Al cabo de unas semanas, la timidez y la extrañeza dan paso a la ilusión de las visitas y las ganas de mantener conversaciones «a veces sin sentido» pero llenas de calidez y cariño. «Lo difícil es cuando un día vas a verles y ves la cama vacía. Esto es una universidad de la vida», reconoce Ricardo.